cion inmaculada de la santísima Vírgen, puesto que hicieron un decreto en la sesion 36 prohibiendo bajo la pena de incurrir en la indignacion del cielo, el sostener el parecer contrario.

En fin, los padres del santo concilio de Trento han declarado que *en el decreto que han dado para declarar la fe de la Iglesia en órden al pecado original, no han pretendido comprender á la inmaculada y bienaventurada Madre de Dios.* Ahora bien, no habiendo querido el santo concilio confundirla con el resto de los hombres en la ley general del pecado, ¿quién seria tan temerario que la envolviese? Habiendo ordenado el mismo concilio que se observasen las constituciones de Sixto IV, bajo de las mismas penas establecidas en ellas, ha creido haberse esplicado bastante sobre este artículo, sin que fuese necesario hacer un decreto mas preciso.

En la adicion al tratado del sabio P. Antist, ya citado, pretende el autor que el segundo concilio de Nicea, el segundo de Toledo, el sexto Sínodo general en tiempo del papa Agathon, el concilio de Francfort, el séptimo Sínodo en tiempo de Adriano, y el de Ossona, declaran suficientemente que la concepcion de la santísima Vírgen ha sido inmaculada, aun cuando no la hayan propuesto todavía como artículo de fe. Lo que hay de cierto es que la fiesta de la inmaculada Concepcion se celebraba ya entre los griegos desde el siglo VII; llamábase *Panagia*, esto es, la fiesta de la *enteramente santa en su concepcion.* Si en la Iglesia romana se ha celebrado mas tarde, no por eso es en ella menos solemne, y los soberanos pontífices han concedido con respecto á ella en el órden de S. Francisco los mismos privilegios que á la fiesta y octava del Santísimo Sacramento. Al fin de esta historia veremos el concurso maravilloso de todos los órdenes religiosos, de todas las universidades, de los mas grandes emperadores, de los reyes, de los pueblos, para honrar la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen, y los monumentos que subsisten de este zelo y de esta singular y tierna devocion. La gracia especial que Dios ha hecho á la santísima Vírgen preservándola del pecado original, teniendo presente su maternidad divina, es un privilegio tan singular, y da una idea tan alta de la incomparable santidad de María, que no debe estrañarse el que se hayan estendido sobre una señal tan grande de distincion, que puede llamarse la época mas gloriosa de su vida.

§. VII.

Prerogativas que han acompañado el privilegio de la inmaculada concepcion de la santísima Vírgen.

Esta primera gracia fué acompañada de muchas otras. Desde el primer momento de su vida tuvo la santísima Vírgen, dice S. Bernardino, el uso de la razon, y fué dotada con todos los dones del Espíritu Santo, formó los actos de las mas escelentes virtudes, y fué enriquecido su entendimiento con los conocimientos mas sublimes. Su corazon fué abrasado desde entonces con el fuego del mas puro amor de Dios; y los nueve meses que estuvo en el seno de su madre, y que para todos los hombres son una continua inaccion, fueron para ella un fondo de perfecciones y de méritos. En esta primera santificacion, dice S. Vicente Ferrer, recibió la gracia con mas plenitud que todos los santos y todos los ángeles juntos; de suerte que aun cuando todos los serafines, espíritus celestiales que son todo fuego, reuniesen todos sus divinos ardores, seria necesario todavía mucho para que igualasen al que sintió María en el primer momento de su vida.

Es indudable, dice un gran siervo de María, que la mas bella alma que jamás ha criado Dios, antes de la alma de Jesucristo, fué la que Dios dió al cuerpo de la santísima Vírgen en el momento que fué concebida; y no solo fué la alma mas perfecta del mundo, sino que de todas las obras del Criador puede decirse que esta fué la mas escelente, y que para hallar alguna cosa mas grande en la naturaleza, dice S. Pedro Damiano, es menester ir hasta el autor mismo de la naturaleza. ¡Qué luces, qué solidez, qué elevacion en aquel entendimiento! ¡qué docilidad en aquella voluntad! ¡qué ternura, qué magnanimidad, qué intension de amor, qué pureza en aquel corazon del cual solo Dios habia de ser siempre el dueño! ¡qué prendas tan nobles y tan santas! ¡qué inclinaciones tan conformes á los movimientos de la gracia! ¡qué natural tan dulce, tan perfecto, tan susceptible de las impresiones del Espíritu Santo! tales fueron los frutos de la primera gracia en María.

A esta alma privilegiada, continua el mismo orador sagrado, se le habia preparado un cuerpo tan bello, que el gran S. Dionisio confesaba cincuenta años despues, que no la podia mirar sin quedar deslumbrado, y que la hubiera adorado como una diosa si la fe no le hubiese enseñado que no habia en el mundo mas que una sola divinidad.

Desde el primer momento en que esta alma, toda hermosa y sin mancha, se unió á este precioso cuerpo, inmediatamente que comenzó á vivir, comenzó á amar á Dios con mas ardor que todos los serafines; y este cuerpo tan perfecto empezó desde entonces á prestar sus órganos para todas las funciones de la vida racional y espiritual.

Habiendo recibido con la gracia santificante, como se ha dicho, el perfecto uso de la razon, su entendimiento fué desde entonces ilustrado con todas las luces de la sabiduría, y enriquecido con todos los conocimientos naturales y morales. Este insigne favor, esta gracia de predileccion, fué tan abundante, que sobrepujó á la de todos los santos y de todas las inteligencias celestiales; esto es, dice S. Vicente Ferrer, que en el primer momento fué María mas pura, mas santa, mas agradable á los ojos de Dios que todos los predestinados juntos en el último momento de su vida.

He aquí lo que ha sido la santísima Vírgen, no digo ya antes de nacer, sino desde el primer instante en que fué concebida. Formemos ahora, si es posible, la idea de lo que ha sido en lo sucesivo, por el santo uso que ha hecho sin interrupcion de un fondo tan rico de virtudes y de dones sobrenaturales. No hay una de sus cualidades infusas, ninguno de sus talentos naturales que haya estado en ella ocioso. Desde su inmaculada concepcion todo su entendimiento estuvo ocupado en conocer y en alabar a Dios; todo su corazon, toda su alma en amarle con el amor mas puro, el mas ardiente, el mas perfecto y el mas tierno. No hubo jamás en la santísima Vírgen momento vacío, dones infructuosos, gracia ineficaz; ella no perdió un solo momento desde el primero de su inmaculada concepcion, y no cesó un instante, dice san Bernardino, de amar á Dios cuanto podia amarle con la sobreabundancia de gracias de que estaba llena. ¡Cuál, pues, debió ser el tesoro de méritos de que se halló enriquecida en aquellos nueve meses! *María*, dice el mismo Santo, *ha recibido tantas gracias, cuantas puede recibir una pura criatura*. No pueden ya estrañarse los términos enfáticos de que se sirven los santos Padres cuando hablan de la gracia de que ha sido colmada la santísima Vírgen desde el primer momento de su vida. San Epifanio dice que esta gracia es inmensa; S. Agustin que es inefable: san Juan Crisóstomo llama á María el tesoro de todas las gracias; S. Jerónimo dice que en su seno se ha derramado toda la gracia. *La gracia se ha distribuido á los mayores santos con medida; pero á María se ha dado toda la plenitud de la gracia.* (*Serm. de Assumpt.*)

§. VIII.

Nacimiento de la santísima Vírgen.

Llegado ya el dichoso término de la preñez de Sta. Ana, el 8 de setiembre del año del mundo 3985, dió á luz á esta dichosa niña, la maravilla del mundo, la obra maestra de la gracia, el ornamento mas bello de la Jerusalen celestial, la reina de los ángeles y de los hombres, predestinada en la eternidad para ser madre de Dios en el tiempo.

Si en todos tiempos han acostumbrado los pueblos dar muestras de alegría cuando nacen hijos á su soberano, porque les nacen á ellos reyes y señores; ¿quién no ve que el nacimiento de María ha debido llenar de gozo al cielo y á la tierra, como lo canta la Iglesia, puesto que debia ser la gloria y el consuelo de los dos? Y como nada regocija tanto á los viajeros como el nacimiento de la aurora sobre el horizonte, nada tampoco debió causar tanta alegría á los hombres como el nacimiento de María. Ostenten su alegría los cielos y la tierra, esclama el Profeta (*Ps.* 95), puesto que viendo aparecer á María, estamos seguros de que va á venir el Redentor. *El nacimiento de la santísima Vírgen*, dice S. Ildefonso, *es como el principio del nacimiento de Jesucristo;* y así como la aurora es el fin de la noche, del mismo modo este dichoso nacimiento ha sido el fin de nuestros males, dice el abad Ruperto, y el principio de aquel dichoso dia por el cual suspiraban todos los hombres.

Todos los siglos, dice S. Juan Damasceno (*Orat. de Nativ. Virg.*), *parecia que se disputaban entre sí la gloria de ver nacer la santísima Vírgen. En este dichoso dia*, dice S. Pedro Damiano, *ha nacido aquella por la cual renacemos todos.* Porque puede decirse con S. Bernardo, que en el nacimiento de la santísima Vírgen el cielo comienza á reconciliarse con la tierra; este dichoso nacimiento es como el preliminar de la paz, por decirlo así, que Jesucristo debe hacer entre Dios y los hombres.

Nació la santísima Vírgen en Nazareth, ciudad de Galilea, en donde se hallaban establecidos S. Joaquin y Sta. Ana. Era la Vírgen de la tribu de Judá y de la familia real de David, como ya lo hemos dicho, y como lo declara la Iglesia en el oficio del dia de su nacimiento. Jamás vió el cielo nacer una niña mas noble, mas cumplida, ni mas santa, dice S. Bernardino; descendiente de David y de tantos otros reyes que contaba entre sus antepasados, ella habia heredado toda su gloria. Dotada de las

cualidades naturales que habia recibido de Dios, era, como dice S. Bernardo, la obra mas acabada de todos los siglos, y ninguna de las hijas de Israel fué jamás comparable con ella en el maravilloso conjunto de gracias estraordinarias de que se hallaba enriquecida; porque de ella habia dicho el Espíritu Santo por el Sabio (*Prov.* 39): Hay un gran número de doncellas ilustres por su nobleza, por sus virtudes, por sus bellas cualidades, por su mérito; pero ninguna que se acerque jamás al tesoro de las gracias con que el cielo te ha privilegiado, ninguna que no sea inferior á tí en dones naturales y sobrenaturales.

El nacimiento de la santísima Vírgen fué sin esplendor, así como el de Jesucristo debia ser oscuro á los ojos del mundo, queriendo Dios que entre la Madre y el Hijo hubiese una perfecta conformidad de condicion. Fácil es concebir cual fué la alegría de todo el cielo en el nacimiento de la que estaba ya en él reconocida como reina. Muchos de los santos Padres creen que avisados S. Joaquin y Sta. Ana por un ángel de que tendrian una hija, sin embargo de su edad avanzada y no obstante su larga esterilidad, habian sido al mismo tiempo instruidos de que esta hija dichosa seria la madre del Mesías; lo que hay de cierto es que jamás hubo hija mas querida de sus padres, ni que mereciese mas toda su ternura, que la que era desde su inmaculada concepcion el objeto de la predileccion de su Dios.

§. IX.

El santo nombre de María.

Como S. Joaquin y Sta. Ana eran exactos observadores de la ley, no dejaron de cumplir los deberes que ella imponia en el dia señalado despues de su nacimiento. Habiendo llegado el dia de la ceremonia legal designado para las hijas recien nacidas, que era el noveno despues del nacimiento, la impusieron el nombre misterioso de María, que en siríaco significa *señora*, y *señora soberana;* y en hebreo *estrella del mar*, que conduce con seguridad al puerto, y que el piloto no pierde jamás de vista, durante la noche, sin esponerse al peligro de naufragar. No se sabe si intervino alguna revelacion particular para darla este nombre; pero no hay duda, dicen los santos Padres, que es Dios el que se lo ha dado, puesto que ella sola debia llenar toda su significacion y todos sus misterios. *Las tres personas de la santísima Trinidad son las que os han dado este nombre* tan santo y tan respetable, ó Vírgen santa, esclama el sabio y piadoso Raymundo

Jordan, preboste de Usez en 1351, y despues el abad de Celles, apellidado el Sabio idiota, *á fin de que al oirle pronunciar todas las potestades de los cielos, de la tierra y de los infiernos doblen las rodillas. Es tal la virtud de este nombre*, añade, *es tanta su escelencia, que cuantas veces se pronuncia, el cielo lo celebra, la tierra se regocija, y los mismos ángeles dan saltos de alegría.* (*Hom.* 2. *sup. missus est.*) A la verdad, dice S. Bernardo, no podia tener la Madre de Dios un nombre que la cuadrase mejor que el de María, ni que mejor significase su escelencia, sus grandezas y su alta dignidad. María, continúa, es aquella hermosa y resplandeciente estrella, elevada sobre este vasto y grande mar del mundo; ella guia á los que están embarcados en este borrascoso mar. Perder de vista esta estrella, es ponerse en un peligro evidente de estraviarse y de dar muy pronto en los escollos, es correr á un triste naufragio. Son frecuentes las tempestades en este vasto mar (sigue hablando el mismo Padre); en todas partes se encuentran escollos, no hay puerto, no hay abrigo exento del ímpetu de los vientos, y á cubierto de las borrascas. ¿Quereis evitar el naufragio? mirad siempre á esta estrella; llamad en vuestro auxilio á María; invocad sin cesar el santo nombre de María. Sois el blanco de multitud de infortunios, os veis desolados por los accidentes penosos de la vida, estais abrumados con las adversidades mas amargas, dice Alberto el Grande (*in cap.* 1. *Luc.*), invocad el santo nombre de María. El nombre de María, decia S. Antonio de Padua, es un motivo de gozo y de confianza para todos los que le pronuncian con devocion y con respeto; él es mas dulce que la miel para la boca, mas agradable para el oido que un canto melodioso, mas delicioso para el corazon que la mas dulce alegría. ¿Qué nombre despues del de Jesus, dice el célebre Alano del Cister, uno de los mas ilustres ornamentos de la universidad de París, qué nombre debe publicarse con mas elogios y con mas veneracion que el nombre de María? ¿qué nombre debe estar con mas frecuencia en la boca y en el corazon de los fieles que el nombre de María? Con razon se le compara á un aceite precioso y aromático, cuyo esquisito olor se esparce por todas partes. (*In cap.* 2. *Cantic.*)

San Anselmo encomia todavía mas la veneracion de este santo nombre. (*Lib de Excel. Virg.*) *Muchas veces*, dice, *se obtiene mas pronto gracia y misericordia*, por decirlo así, *reclamando el nombre de María, que invocando el santo nombre de Jesus.* No quiere decir esto que el nombre de Jesus no sea mas respetable que el nombre de María, sino que la misma santísima

Vírgen intercede con su Hijo, segun el pensamiento de este Padre, en favor de los que reclaman su poderosa proteccion, invocando su santo nombre. Apenas la Iglesia oye el nombre de María, dice el sabio Pedro de Blois, cuando dobla la rodilla por el respeto que tiene á este santo nombre: y jamás se oye pronunciar sin que se despierte la devocion de los fieles.

Desde el nacimiento del cristianismo se han acostumbrado los fieles á no separar los dos augustos nombres de Jesus y de María, apenas se pronunciaba el uno sin el otro en aquellos primeros tiempos de fervor. La religion no ha envejecido en la Iglesia: como los verdaderos fieles tienen todavía hoy el mismo amor y el mismo respeto al Hijo, tienen tambien para con la Madre la misma veneracion y la misma ternura; esto es lo que junta ordinariamente estos dos augustos nombres en el corazon y en la boca de los cristianos, sobre todo en la hora de la muerte; y no se ha visto santo alguno que no haya tenido la devocion y el dulce consuelo de morir pronunciando los santísimos nombres de Jesus y de María. El santo nombre de María, terror de los infiernos, alegría de los ángeles en el cielo, y consuelo de los fieles en la tierra, es tan amado y tan respetable á toda la Iglesia, que ha establecido una fiesta particular en su honor en el domingo que sigue inmediatamente al dia de su nacimiento: al fin de esta vida se verá el motivo y la historia de ella.

§. X.

Es educada la santísima Vírgen en su casa paterna en Nazareth hasta la edad de tres años.

Al cabo de ochenta dias despues del nacimiento de la santísima Vírgen, que era el tiempo en que, segun la ley, las madres que habian parido hija debian purificarse, llevando la hija al templo, y ofrecer allí al Señor por ellas y por su hija un cordero en holocausto, y un pichon ó dos tórtolas, no faltó Sta. Ana al cumplimiento de este deber de la religion, el cual llenó con la mayor piedad. Llevó á la santísima Vírgen á Jerusalen y la ofreció al Señor en el templo; pero mientras que se ofrecia por María la víctima ordenada por la ley, la bienaventurada niña se inmolaba á sí misma al Señor de un modo mucho mas espiritual y mas perfecto. Dios no habia visto aun en su templo ni sobre sus altares una víctima tan pura, tan santa, tan agradable á sus ojos, y tan digna de sus divinas complacencias. La Vírgen niña se ofrecia interiormente á su Dios como la mas humilde de

sus siervas, y Dios la recibia como su hija muy amada, como su esposa sin mancha, como la madre futura de su querido Hijo. Solo Dios es capaz de saber cuán agradable le fué esta ofrenda, y de cuanta sobreabundancia de gracias fué acompañado este primer acto esterior de religion para esta dichosa niña.

Créese, y es muy probable, que S. Joaquin y Sta. Ana no llevaron su santa hija al templo solamente para satisfacer á la obligacion de esta ceremonia ó presentacion legal, sino tambien para dedicarla toda al Señor y consagrársela como un don del cielo, que ellos no tenian mas que en depósito, y que estaban muy resueltos á volverle tan pronto como estuviese en edad de ser admitida para el servicio del templo.

Concluida la ceremonia, fué vuelta á llevar la santísima Vírgen á Nazareth, en donde por espacio de tres años fué el objeto de los cuidados y las delicias de su santa familia; como la gracia se habia anticipado nueve meses á su nacimiento, el uso de su razon se adelantó tambien mucho á la edad en que la razon se desenvuelve en los otros niños. María tenia apenas dos años, cuando la piedad, la sabiduría misma, la dulzura y la docilidad parecian formar ya su carácter. Como los astros, aunque enteramente luminosos desde el primer momento en que aparecen sobre el horizonte, parece que desenvuelven á nuestra vista un nuevo brillo á medida que se alejan del punto de donde nacen; así la santísima Vírgen, semejante á la estrella, cuyo nombre llevaba, aunque desde el primer instante de su inmaculada concepcion recibió el don de sabiduría, no manifestaba, sin embargo, sus tesoros sino á medida que iba creciendo. Admirábanse todos los dias en esta niña rasgos brillantes de una razon prematura; todo era en ella estraordinario, porque todo era maravilloso. Habiéndose adelantado la razon á la edad, creyeron santa Ana y S. Joaquin que ellos debian tambien adelantar el tiempo de cumplir su voto. Habian prometido al Señor que si les daba un hijo á pesar de su larga esterilidad, le consagrarian á su servicio en el templo. Viendo, pues, en su santa hija á la edad de tres años un talento, una sabiduría y una edad prematura, que no se encontraba en las otras doncellas mucho mas adelantadas aun en la edad, resolvieron ir á volver al Señor este tesoro, que no tenian mas que en depósito. Fácil es imaginar cuánto debia costarles este sacrificio. La niña hacia todo su consuelo, era todo su tesoro, y les causaba todas sus delicias; pero cuando uno está animado del espíritu de Dios, cuando es tan religioso como lo eran S. Joaquin y Sta. Ana, prefiere de buena gana lo que se debe al Señor, y su propia santificacion.

Este doble sacrificio se verificó el 21 del mes de noviembre. Sta. Ana y S. Joaquin fueron á ofrecer al Señor en el templo todo lo mas precioso y mas amado que tenian en el mundo; y María fué á animar esta ofrenda, y realizar este sacrificio, consagrándose ella misma de todo su corazon y del modo mas perfecto á su Dios, por una oblacion pública y solemne que hizo al Señor de su corazon, de su espíritu, de su cuerpo, y de todas las potencias de su alma; y todo esto del modo mas santo y mas agradable á los ojos de Dios; y puede asegurarse que este fué el sacrificio mas santo y mas perfecto que se ofreció á Dios desde el nacimiento del mundo, y es lo que se llama la Presentacion de la santísima Vírgen en el templo de Jerusalen.

§. XI.

Presentacion de la santísima Vírgen.

Habia dos géneros de presentacion al templo entre los judíos: la primera era obligatoria, puesto que estaba mandada en la ley, y era la que hacian las mujeres ciertos dias determinados despues de sus partos, esto es, ochenta dias en el de las hembras, y cuarenta en el de los varones. La otra presentacion se hacia por los que habian ofrecido con voto sus hijos para el servicio de Dios en el templo; tal como la que hizo Ana, madre de Samuel, y Sta. Ana, madre de la santísima Vírgen. Habia para esto al rededor del templo de Jerusalen habitaciones destinadas unas para los hombres y otras para las mujeres, algunas para los niños, y otras para las niñas que debian cumplir la promesa que ellos mismos habian hecho, ó que sus padres habian hecho por ellos. Los jóvenes eran allí educados en la piedad por maestros hábiles, y por maestros de una probidad universalmente reconocida, y su empleo era servir á los ministerios sagrados, cada uno segun su edad, su estado, su sexo y su capacidad. Sabiendo S. Joaquin y Sta. Ana lo que dice el Sabio, á saber: Si has hecho voto á Dios, no difieras el cumplirle; luego que vieron que su santa hija tenia mas sabiduría y virtud á la edad de tres años, que los otros niños á la edad de quince, resolvieron cumplir su voto, cuyo cumplimiento solicitaba la santa niña con un ardor estraordinario.

Esta piadosa ceremonia se hacia siempre con solemnidad: los padres conducian á sus hijos al templo acompañados de toda la parentela: habiendo el padre y la madre presentado al hijo al sacerdote al pié del altar, le declaraban el voto que habian hecho de consagrar su hijo al templo; y despues de algunas oraciones, el sacerdote le admitia solemnemente en el número de los ministros ó servidores y servidoras de la casa de Dios, hasta cierto tiempo determinado; y esto se llamaba prestar un hijo al Señor, segun el lenguaje de la Escritura que dice, en boca de Ana, madre de Samuel, cuando fué á presentarle al templo: *Por esto yo le he prestado al Señor*.

Isidoro de Tesalónica dice que la ceremonia de la presentacion de la santísima Vírgen en el templo de Jerusalen se hizo con una celebridad estraordinaria; que no solamente quiso acompañarla toda la parentela, sino que por una inspiracion secreta de la divina Providencia, cuyo misterio se ignoraba, todas las personas mas cualificadas de Jerusalen quisieron asistir á esta augusta ceremonia, en tanto que los ángeles la acompañaban invisiblemente y celebraban con sus melodiosos cánticos esta fiesta. No se sabe quien fué el sacerdote que recibió á esta Vírgen incomparable. S. German, patriarca de Constantinopla, y Jorge de Nicomedia, han creido que verosímilmente fué S. Zacarías, padre de S. Juan Bautista. Esta presentacion fué sin duda acompañada, como la de Samuel, de un sacrificio; mas el que entonces hizo á Dios esta bienaventurada niña de todo lo que ella era, y de todo lo que tenia, fué de mucho mayor precio y de mas mérito delante de Dios, que el de todas las víctimas inmoladas. Las otras niñas que en la pequeña edad eran presentadas para el servicio del templo, no teniendo todavía la mayor parte de ellas el uso de la razon, no sabian lo que se hacia de ellas en esta ceremonia, y su dedicacion no tenia mérito sino con respecto á la consagracion interior y espiritual que hacian de ellas los padres; pero María, á quien por un privilegio especial se le habia adelantado el uso de la razon y de la libertad desde el primer momento de su vida, perfectamente instruida por el Espíritu Santo, conocia toda la santidad de esta augusta ceremonia, y la acompañaba con todos los sentimientos de religion y de las demás virtudes que hacian su sacrificio el mas meritorio y el mas agradable á los ojos de Dios que hasta entonces se habia ofrecido. *Toda la gloria de la hija del Rey viene de lo interior*, dice de la santísima Vírgen el Profeta. Por mas admirable y mas encantadora que fuese esta hija del Rey de los cielos, que debia ser al mismo tiempo su esposa y su madre, por sus brillantes cualidades esteriores, era infinitamente mas bella en lo interior que en lo esterior por sus eminentes virtudes. Por esto la Iglesia, conducida siempre y en todo por el Espíritu Santo, ha dispuesto honrar esta santa presentacion con una fiesta

particular, que se celebra el 21 de noviembre. ¿Habia Dios visto jamás una víctima que le hubiese sido mas agradable? ¡Qué de espíritus celestiales asistieron á este acto de religion tan glorioso á Dios! Todo el cielo celebró fiesta en este dichoso dia á esta augusta ceremonia, admiracion de toda la celestial Jerusalen; y ¿podia dejar la Iglesia de celebrar la memoria y la fiesta de este dia? Esto es lo que ha movido á tantos santos padres, S. Evodio de Antioquía, S. Epifanio de Salamina, S. Gregorio de Nicea, S. Gregorio el teólogo, S. Andrés de Creta, S. German de Constantinopla, S. Juan Damasceno y tambien á tantos padres latinos á mirar la presentacion de la santísima Vírgen al templo de Jerusalen, como el primer acto de religion que ha sido mas agradable á Dios; y la fiesta de este dia, como el preludio, por decirlo así, de todas las fiestas.

Admitida la santísima Vírgen en el número de las doncellas solemnemente consagradas al Señor, aunque era la mas jóven de todas, sobrepujó muy pronto en sabiduría, en virtud y en mérito, aun esteriormente, á todas. Las bellas cualidades de que estaba dotada la ganaron desde luego el corazon y la estima de aquellas piadosas matronas nombradas para educarla. Nunca se vió una educacion mas bella ni mas feliz, ni tampoco educacion que costase menos. El tesoro de gracias, de virtudes y de méritos con que la habia enriquecido el Espíritu Santo desde su inmaculada concepcion, y que ella aumentaba en cada momento por su fiel correspondencia á la gracia, se desenvolvia diariamente á los ojos de todos los que la veian; ella era la maravilla de su sexo, y la obra mas perfecta de su siglo; así es que tambien se la miraba como un prodigio de inocencia y de virtud.

§. XII.

De qué modo vivió la santísima Vírgen todo el tiempo que estuvo en el templo.

Jamás se vió un conjunto tan cumplido de las mas raras cualidades y de las virtudes mas eminentes. Todas las personas que velaban sobre ella, estaban de tal manera admiradas, que la miraban como un milagro de santidad, y como el mas grande y el mas rico tesoro que hubo jamás encerrado en el templo.

En efecto, nunca hubo en él una Vírgen tan pura, dice san Ambrosio en el escelente retrato que ha hecho de ella. Su modestia daba un nuevo esplendor á su rara belleza, y su dulzura

realzaba, por decirlo así, su modestia; no habia accion alguna en ella, en la cual no resplandeciese un carácter de santidad; descubríase en ella un aire noble y majestuoso hasta en su profunda humildad. Meditaba mucho y hablaba poco, dice el mismo Padre; el amor divino de que estaba su corazon abrasado la hacia amar el retiro, no hallando placer sino en las comunicaciones íntimas que tenia continuamente con su amado. Jamás se la vió ociosa; la oracion, el trabajo de manos y la lectura de los libros santos, de los cuales tenia una inteligencia infusa y profunda, ocupaban todo su tiempo. Su espíritu, siempre de acuerdo con su corazon, nunca perdia de vista al que ella sola amaba con mas ardor y perfeccion que todos los serafines juntos. Toda su vida no fué propiamente mas que un ejercicio continuo del amor mas puro de su Dios, en el que ardió su corazon todos los dias de su vida. Nada fué jamás capaz de interrumpir ni de turbar en lo mas mínimo este ejercicio. Aun cuando sus sentidos estuviesen entorpecidos por el sueño, su corazon velaba, y el sueño mismo no interrumpia, por decirlo así, su oracion; toda su conversacion era en el cielo, y esto era lo que la hacia amar tanto el retiro. Su continua asistencia al templo en una edad tan tierna manifestaba bien cual era su aficion á él. S. Ambrosio (*De Virginib.*, *l. 2.*) asegura que no hubo persona alguna jamás dotada de un don de contemplacion mas sublime, y que toda su vida no fué, hablando propiamente, mas que un continuo éstasis. No se vió nunca una pura criatura tan querida de Dios, ni tan perfecta. No podemos imaginar una virtud que no estuviese en grado soberano de perfeccion en esta incomparable niña. Su pureza fué sin ejemplo, su humildad sin medida, su caridad sin límites, su fe sin nubes, su piedad sin alteracion. Nadie hubo que llevase tan léjos su abstinencia. Si tomaba algun alimento era solo para conservar la vida; jamás entró en sus motivos el placer natural de la comida. Su modestia tenia algo de sobrenatural, y su dulzura hacia brillar mas su modestia. Nadie jamás, dice el mismo S. Ambrosio, llenó mejor todos los deberes de la urbanidad y de la educacion. Toda su vida fué un espejo fiel de todas las virtudes.

Algunos otros santos Padres aseguran que se tenia tan alta idea de su eminente santidad, que todo el mundo la miraba con veneracion, y que habiendo descubierto los sacerdotes en esta bienaventurada niña una virtud tan estraordinaria, la habian permitido por un favor especial que fuese de tiempo en tiempo á hacer su oracion en aquel paraje del templo que se llamaba Santo de los santos: lugar sagrado á la verdad; pero puede decirse que ella

lo hacia todavía mas santo con el fervor de sus oraciones. Comprendamos, si es posible, cual seria el ardor del fuego divino en que se abrasaba el corazon de María en este santo lugar; solo las inteligencias celestiales, testigos ordinarios de su devocion, han podido formar una idea justa del fervor de sus meditaciones, de la sublimidad de su contemplacion, del valor y mérito, del número infinito y de los multiplicados actos de las mas heróicas virtudes que hicieron la ocupacion ordinaria de María durante los once ó doce años que estuvo en el templo.

Cuando el santo Profeta Rey decia que traeria en pos de sí un gran número de vírgenes, que debian seguirla y formarla, por decirlo así, una corte (*Psalm.* 44.), no parece sino que tenia presente la consagracion que la santísima Vírgen debia hacer á Dios de sí misma, y que debia servir, por su mansion y su clausura en el templo, de modelo al número infinito de doncellas que renunciando al mundo en lo sucesivo, y consagrándose enteramente á Dios, pasarian sus dias en la clausura del monasterio y del templo. En efecto, cuántos millares de vírgenes han seguido á esta Reina de las vírgenes, y se han dedicado, á su ejemplo, al servicio de Dios en el claustro para pasar allí toda su vida en los ejercicios continuos de la mas alta piedad, y que pueden decir: Todos nuestros dias están consagrados á meditar y á cumplir la ley del Señor, á caminar por los caminos de la justicia y de la santidad, á amar á nuestro Dios, y á cantar dia y noche sus alabanzas. Con mucha razon puede decirse que la presentacion de la santísima Vírgen y su permanencia en el templo de Jerusalen han sido como el prototipo sagrado y, por decirlo así, la primera época de la institucion de todas las religiosas. Esta esposa ¡ó Rey de gloria! os traerá en su seguimiento un número infinito de almas puras é inocentes, una infinidad de vírgenes que se ejercitarán en imitarla; todas vendrán con alegría á consagrarse á vos en vuestro templo. Y ¿no es esto lo que nosotros vemos todos los dias en la vocacion de tantas doncellas que se consagran al Señor con tanta generosidad y tanto gozo en las casas religiosas, siguiendo el ejemplo que les da la santísima Vírgen en la augusta ceremonia de su presentacion?

Epifanio, sacerdote de Constantinopla, y S. Anselmo, dicen que la santísima Vírgen poseyó perfectamente la lengua hebraica, no obstante que no estaba ya entonces en uso entre los judíos; pero que era la lengua original de los libros santos, de los cuales la habia concedido el Espíritu Santo una inteligencia sobrenatural, igualmente que de todos los sagrados misterios que

estos santos libros contenian. El mismo Epifanio añade que nadie supo nunca tan bien como ella trabajar en lino, en lana, en seda y en oro, y que jamás se sirvió de su arte y de su habilidad sino para obras destinadas al uso sagrado del altar y de los sacerdotes. Es verosímil que con la plenitud de los dones del Espíritu Santo habia recibido toda la ciencia y todos los talentos propios de su sexo y de su estado; y ciertamente no pueden negarse á la santísima Vírgen todas las prerogativas, todos los conocimientos, las propiedades y los dones naturales que habian sido concedidos á Eva y á Adan en el estado de la inocencia.

§. XIII.

Muerte de S. Joaquin y de Sta. Ana.

Habia ocho ó nueve años que la santísima Vírgen estaba en su retiro siendo la admiracion de los hombres y de los ángeles por el brillo estraordinario de su santidad, y el conjunto maravilloso de todas las mas raras virtudes, cuando perdió á su padre S. Joaquin, y poco despues á Sta. Ana, su madre. Una muerte tan preciosa á los ojos de Dios como la de sus queridos padres debió serla sensible; pero, por decirlo así, la afligió poco: estaba muy segura de su bienaventurada suerte, y muy resignada á las órdenes sagradas de la divina Providencia para que no se consolase muy pronto de su ausencia; hacia ya mucho tiempo que Dios era todo para ella. Como los sacerdotes que servian al templo eran de oficio tutores de las doncellas huérfanas consagradas al servicio de Dios, tuvieron desde entonces un cuidado mas particular de esta insigne Vírgen, que mucho tiempo habia era ya el motivo de su aprecio y de su admiracion.

Luego que hubo llegado á la edad de catorce ó quince años, que era la en que se trataba de casar á las doncellas, pensaron sus tutores en buscarla un esposo que fuese digno de ella. Sobresaltóla la primera proposicion que de ello se la hizo. Un antiguo autor, citado por S. Gregorio de Nicea, dice que la santísima Vírgen representó entonces con mucha modestia á los que estaban encargados de su conducta, que habiendo sido consagrada á Dios por sus padres, aun antes de su nacimiento, para servir en el templo, habia ratificado despues ella misma esta consagracion, y que no tenia otra inclinacion que la de pasar allí el resto de sus dias en cualidad de vírgen; y que si se queria tener al-